

19 de julio de 1844, se lee el remitido que un extranjero envió á los Señores Editores suplicándoles se sirvieran darle cabida, y es el que se contiene en las siguientes líneas, debidas según parece á la pluma del Sr. Alcalá Galiano: "En la tarde del día nueve del corriente perdió la República de Centro-América á D. José Batres y Montúfar. Vivió aislado: pocos le comprendieron y nadie supo apreciar en lo que valía su noble alma y superior talento. El Ser Supremo, infinitamente benéfico, lo llamó á su seno. Desde allí reciba las lágrimas que el dolor y la gratitud arrancan á un verdadero amigo."

A continuación de estas líneas se leen estas otras: "Los Editores quedamos sumamente agradecidos por este elogio á nuestro compatriota, y lo publicamos con tanto más gusto cuanto que viene de una pluma extranjera. Unicamente nos permitimos agregar en honor del Sr. Batres, que aunque sus prendas no fuesen generalmente reconocidas en el país por el retiro á que lo inclinaban el estudio y su carácter, sí lo fueron de las personas cuyo concepto pudiera lisonjearlo; y que el Gobierno dió pruebas del aprecio que hacía de sus talentos desde 1837, en que después de haberle conferido los grados militares en el cuerpo de artillería, de que era Capitán, cuando dejó el servicio activo, fué enviado como adjunto del Sr. Baily á la comisión para explorar el río y canal de San Juan de Nicaragua: que lo empleó también el Supremo Gobierno en otros varios destinos y que últimamente estaba nombrado en clase de Ingeniero para la importante demarcación de límites entre este Estado y el de Honduras, comisión que no se habría confiado sino á una persona de los conocimientos de Batres, y que la muerte no le permitió emprender."

VII

Si entre nosotros se preguntara, como pregunta un eminente crítico francés juzgando á uno de los primeros poetas

de su nación, qué lectura se escoge con mas agrado en esos momentos, que por desgracia no son escasos, en que tratamos de sustraernos á nosotros mismos y de sacudirnos ó desembarazarnos del tiempo: si se pregunta ¿qué libro es el que busca insensiblemente la mano, cuál es el que más se hojea y se cita, cuál es el que está más grabado en el recuerdo de todos los hombres instruidos y también en el de los que no lo son, sin duda que la respuesta sería: el libro de las poesías de José Batres; y sin duda se reconocería también que si esto se debe en parte al género de ellas, se debe principalmente al talento del autor. Entre nosotros, los niños las manosean, como refiriéndose á todo el mundo respecto de una obra inmortal, lo decía el Bachiller Sansón Carrasco en aquel sabrosísimo diálogo entre el hidalgo manchego y su escudero Sancho á propósito de la primera parte de Don Quijote: los mozos las leen, los hombres las entienden y los viejos las celebran. Batres lo mismo que Zorrilla al comenzar una de sus leyendas puede decir:

Tal es la historia peregrina y bella
Que os doy en estas hojas escondida,
Para que el pasto y el deleite de ella
Os alivien las penas de la vida.

Puede como Cervantes gloriarse de que con sus leyendas

Ha dado un pasatiempo
Al pecho melancólico y mezquino
En cualquier ocasión, en cualquier tiempo.

De ellas puede decirse, si es lícito parodiar tales expresiones, que son tan trilladas, tan leídas y tan sabidas de todo género de gentes, que apenas ven un marido burlado recuerdan á Don Cornelio y á Don Juan del Puente; en cuanto tropiezan con un calavera, dicen "allí está Don Pablo," y á un hombre chapado á la antigua le llaman Don Pascual; y quienes más se han dado á su lectura son las

jóvenes: unas las toman si otras las dejan; éstas las embisten y aquéllas las piden; y finalmente, son del más gustoso entretenimiento que hasta ahora se ha visto.

¿Quién es en efecto el que no ha leído las poesías de Pepe Batres? Quién no sabe de memoria muchos de sus pasajes? Quién al tomarlas en sus manos en los ratos más sombríos, no ha desarrugado el ceño, no ha sentido vagar por sus labios una sonrisa, disiparse la nube que cubría su frente y aliviarse el peso que oprimía su corazón? ¿Quién no ha reído con sus donosas ocurrencias, con sus intencionados chistes y con sus picarescas alusiones? ¿Y quién no ha sentido, en medio de todo eso, resbalar de sus ojos una lágrima que humedece las hojas del libro al ver incrustada entre las estrofas risueñas y jocosas, alguna estrofa desgarradora que revela toda la amargura de los sufrimientos del poeta, y pone de manifiesto que aquel gracejo, aquel donaire y aquella burla delicada no son más que el disfraz con que procura ocultar sus íntimos dolores?

Batres tiene el raro y envidiable privilegio de ser el poeta de todos: encanta á los unos por su originalidad, deleita á los otros por su gracia y sencillez: causa la admiración del crítico que le estudia y examina; y fascina y seduce al pueblo que se embriaga con la lectura de sus versos. Y es que se reúnen en él las dos grandes cualidades de la originalidad y de una fácil y admirable naturalidad. Batres es tan original que con razón se dice que sólo á sí mismo se parece. Si es cierto que tiene su numen arrebatos apasionados como los de Espronceda, alaridos de dolor como los de Byron y acentos de desesperación como los de Leopardi, con ninguno de ellos puede equivocarse y confundirse, porque hay en su lira una vibración especial que la distingue de todas las otras, y hay en su voz cuando expresa los grandes dolores del alma un timbre al mismo tiempo varonil y melancólico que es exclusivamente suyo. Si es cierto que su pluma destila á veces toda la amarga ironía de Figaro, y como la de éste tiene su sátira, jovialidades que desgarran el corazón: si hay en él toda la agudeza, la mali-

ciosa intención y el vivo colorido de fantasía de Juan Bautista Casti: si tiene estrofas que destilan tan buen humor y al mismo tiempo tan profunda amargura como las de Quevedo: si es intencionado como Voltaire, festivo y cáustico como Rabelais: si en sus diálogos y narraciones campean ocurrencias tan ingeniosas, chistes tan festivos y contrastes tan llenos de fuerza cómica como en Cervantes, distinto de todos ellos es por algo, que no diré que lo haga superior á ellos, pero sí que lo caracteriza de tal suerte que lo pone muy lejos de la esfera de los imitadores vulgares y de los escritores de comparsa y le imprime un sello indeleble de propia personalidad. Batres sale de la corriente general y de la turquesa común para ser aquí algo que antes no había sido otro, algo que no se sabe cuándo haya otro que lo sea. Tenemos sin duda poetas y escritores en prosa, cuyo mérito es indisputable, pero que con más ó menos acierto y con más ó menos lucimiento, caminan por un rumbo por donde otros han caminado ya, y pulsan con más ó ménos arte, delicadeza y sentimiento, una cuerda que ya otros han herido, de suerte que nuevos y originales en el colorido y en la forma, carecen de esa novedad en la idea y en el género. Batres que modestamente se llama traductor de Casti, por haber trasladado con la precisa advertencia, una ó dos de sus estrofas, abre entre nosotros una ruta enteramente desconocida, escribe en un género del todo propio, el de la tradición ó leyenda popular Centro-Americana, poblada de tipos exclusivamente nuestros, adornada sólo con episodios locales, sembrada por todas partes de oportunas alusiones á nuestra política, á nuestro régimen, á nuestras preocupaciones y á nuestros hábitos, enriquecida con sabrosos chistes y agudezas de ingenio, y regadas todas con habilidad y primor con la ática sal del donaire delicado. Como no se confunde con otra la vegetación de las vírgenes montañas seculares de nuestras costas, con ninguna otra se confunde la inspiración de José Batres que llena siempre los dos números de la fórmula de Goëthe: poesía y verdad. Cualquiera que una vez haya leído una de sus tradiciones ó

cuentos, al oír después cualquiera verso de él, sabe al momento á quién pertenece: cualquiera que una vez ha gustado sus festivos diálogos y sus gracias delicadas, descubre en ellos un sabor especial que no encuentra en otra parte, como si su poesía, flor del pensamiento y de la sensibilidad, hubiera sido sembrada y cultivada por él en jardín exclusivamente suyo apartado en las tierras sagradas de Apolo. Sus pinturas de tipos y personajes, sus descripciones tan vivas, tan exactas y animadas que el pintor puede trasladarlas al lienzo en un momento: sus símiles tan sencillos, tan frescos y tan nuevos que se parecen á aquellos que en un campo todavía no espigado recogía oportunamente Homero, sus salidas picantes, su donosa travesura y aquellas transiciones de la narración jovial al acento lúgubre, desgarrador y sombrío, comparables sólo con esas brucas y repentinas tempestades que en nuestra zona vemos formarse alguna vez instantáneamente, cuando hace un momento estaba todo sereno y claro y resplandeciente el sol: ese cambio de colorido y de tono, sin que resulte nada desapacible ni ingrato, sino produciéndose por el contrario asombrosa armonía con la violencia del contraste, de Batres y sólo de Batres son. Allí no aparece jamás el estudio, el propósito de imitar, la escuela del arte, ni siquiera el sistema literario. Ni se encierra en los moldes estrechos de la tradición clásica, ni tiene los delirios, las ficciones y las extravagancias de la exagerada escuela romántica. Intuitivamente comprendió como Donoso Cortés que no es verdad que se aprenda todo en Virgilio; pero sí es verdad que Virgilio, con los pensamientos del Dante ó Dante con las formas artísticas de Virgilio, serían el tipo acabado, inimitable, ideal de lo sublime y de lo bello. La escuela de Batres es la escuela de la belleza: la naturaleza y la verdad el prototipo que se pone delante para la imitación; y el sentimiento, la fuente escondida á donde baja á refrescar sus labios para derramar después el armonioso raudal de su poesía. El verdadero dolor le inspira, y entonces exclamaría con Gregorio Gutiérrez González:

Brinda sólo cantares la fortuna
Al infeliz que llora en su agonía
Que el canto no es placer, sino consuelo
Que á falta de placer, nos brinda el cielo.

No es menos admirable y sorprendente su naturalidad. Su verso es natural como el canto de las aves, como el murmurar de las fuentes, como el gemido de las brisas y como el arrullo de las tórtolas. Como él mismo lo decía aunque irónicamente:

El verso es suelto, fácil, bien hilado
Y corre como el agua de una fuente.

Se desliza su poesía como se deslizaba el tiempo sobre los enamorados amantes de su poema "El reloj:"

Dulce como resbala de una fuente
El cristal entre márgenes de flores.

Tiene en esto mucha semejanza con Naciso Serra, y de él como de éste ha podido decirse con verdad con asombrosa, que manejaba el lenguaje sino con pulcritud académica, facilidad y admirable desenfado. El hacer versos era para él cosa tan sencilla como es el formar frases para el común de los mortales. Ser poeta era en él tan natural como lo es en las aves el ser cantoras, y su poesía, fruto de la inspiración nativa más que del estudio, brotaba de él con tanta facilidad como el agua de los manantiales.

Era un hombre nacido para hacer versos y deleitar con ingeniosos chistes, en quien era tan espontánea esta facultad que casi puede decirse que no suponía mérito.

Y de Batres puede afirmarse también lo mismo que de Serra, que el secreto de su éxito está en que resuelve el difícil problema de excitar constantemente la risa sin caer en la chocarrería ni en la bufonada: en que sabe arrancar á la realidad unas cuantas figuras llenas de vida, de verdad y de carácter: las mueve siempre con gracia: pone en sus labios un diálogo vivo, chispeante y facilísimo que rebosa naturalidad y gracejo: riega á manos llenas el chiste picante, desenfadado y donoso, la sátira, la alusión oportuna, el ingenioso y á veces libre equívoco, la observación discreta y exacta, y traza con todo esto un acabado cuadro de costumbres de fotográfica exactitud y de maliciosa pero no perversa intención, revestido todo con la magia de una versificación fácil y fluida. (d) Al verso de Batres se acomoda lo que del estilo sencillo, natural y fácil de la prosa dice B. de Argensola:

Este que llama el vulgo estilo llano
Encubre tantas fuerzas que quien osa
Tal vez acometerle, suda envano
Y su facilidad dificultosa,
También convida y desanima luego
En los dos corifeos de la prosa;

porque hay en él tal facilidad que parece que no se da cuenta de que escribe en verso sino que vive ignorante de ello, como por diverso motivo ignoraba aquel personaje no muy joven de una de las comedias de Molière que hacía muchos años estaba hablando en prosa sin saberlo. Bien puede proponerse como uno de los mejores ejemplos de aquella difícil facilidad que preconizaban Horacio, Boileau y Moratín y de la realización del ideal del crítico latino de que al leer al poeta, todos piensen que ellos habrían podido de-

[d] Revilla, Críticas.

oir y hacer lo mismo: *ut sibi quivis speret idem*. Y en verdad, después de leer una de las estrofas de Batres, cualquiera piensa que á él le habría ocurrido, y esto á tal grado que le parece recordarla y no ser esa la vez primera que la ha oído; y como que se admira de no haberla él dicho y escrito antes. Al oír uno de sus versos ocurre inmediatamente la palabra que le va á servir de consonante; al escuchar la primera parte de la estrofa, como que se adivina lo que ha de expresarse en la segunda; y es que todo es tan ingenuo y tan propio, hay tanta verdad y tanta falta de esfuerzo, que la obra de la naturaleza y del genio aparece con su carácter distintivo pero universal á todas las inteligencias y todos los corazones. Esa naturalidad, esa falta de pretensión, de epítetos aparatosos, de palabras retumbantes y de giros rebuscados y extraños, ese hábil y espontáneo manejo de las más difíciles rimas, en que sobresale como Bretón de los Herreros, esa sencillez que se halla tan distante de la prosa y que al mismo tiempo es tan espontánea como la prosa más suelta, y tan bella como lo más bello de la poesía, es la obra del talento: que si es una verdad la afirmación de Sócrates de que lo bello es difícil, no está la dificultad en el estudio sino en lo raro que es el privilegio de la superioridad, en la poca abundancia con que se halla repartida esa facultad de exquisito sentimiento para apreciar y producir la belleza.

Razón tiene el renombrado autor de los Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas, al decir que lo más sublime, lo más bello, suele ser lo más natural y lo más sencillo: lo que lejos de no ocurrírsele á nadie sino sólo al poeta, se le ocurre á todo el mundo. Todos gozamos en efecto cuando el escritor haciéndose nuestro intérprete é intérprete de toda la humanidad, da forma y color á algo que todos sentimos, dice una palabra que todos hemos querido pronunciar, expresa algo que nos parece que ha debido ser expresado hace mucho tiempo, y que sin embargo no se encuentra en ninguna otra parte y es totalmente nuevo: cuando traduce nuestro pensamiento todavía inarticulado y se

convierte en la palabra de las ideas de nuestro cerebro, en el latido de nuestro corazón, en la palpitación de nuestro sentimiento y en la dulce armonía con que en sueños se ha recreado nuestro espíritu. Hallar esa expresión, esa forma, esa palabra, esa armonía, es el privilegio de la inspiración creadora; en ella, en la fuerza para arrebatarse el ansiado ideal, y no en lo detenido y laborioso de la tarea, está la dificultad de lo bello. Parece Batres, al derramar los tesoros inagotables de su poesía, al joven heredero millonario á quien no han costado ningun trabajo los enormes caudales que llegaron á sus manos, y que ignorante de lo que valen los prodiga sin límites, seguro de que jamás se han de agotar. He repasado muchas veces borradores de sus composiciones, y cualquiera que los hojee se persuadirá, lleno de admiración de que son todas ellas una improvisación continuada. Casi puede decirse que brotaron de la mente y de la pluma fecunda del poeta exactamente tales como las conocemos hoy: apenas aparece alguna línea borrada, alguna palabra que se cambie ó se suprima. Nada hay que revele que tropezara en alguna parte la pluma ni la inspiración poderosa del poeta; nada que descubra esfuerzo, trabajo ni fatiga, sino al contrario, distracción y placer, la espontaneidad y el abandono que distingue á las verdaderas creaciones. En una carta que en agosto de 1843 dirigía á Quezaltenango á D. Manuel Arzú y á su esposa, después de referirles cómo emplea el tiempo y decirles que "así va tirando no patos ni conejos ni otra cosa alguna, sino la vida, porque esa manera de emplearla entre la Asamblea, las visitas y el paseo es lo mismo que tirarla á la calle," le escribe á Doña Manuela estas líneas: "Te envié unos romances fatales de Saavedra, por no tener otra cosa mejor: ya te remitiré dos cuentos, hermanos del de Don Pablo, que estoy componiendo para Alcalá Galiano que está aquí, y en vista de que me ha hecho de aquél, mil elogios que no creo merecer. Esa clase de cuentos me divierte mucho, y podría componer millones, porque al estarlos haciendo es mucho lo que tengo que suprimir de lo que se me viene á la cabeza,

pero no hay honra ni provecho en semejante ocupación." Estas líneas dan idea de la pasmosa facilidad de Batres, quien si acertaba al pensar que su ocupación no había de darle provecho, porque no era él una de las raras excepciones de la suerte del genio que vive y muere pobre, ni es tampoco nuestra República una de esas contadas excepciones de pueblos en que el talento vive holgado y hasta pomposamente con las obras que produce, no acertaba igualmente en lo de afirmar que no le reportaría honra. En dos hermosos versos ha repetido el Horacio francés lo que ya sabían los poetas latinos y helenos, que Apolo no promete á los grandes guerreros y á los eminentes escritores ningunas riquezas, pero sí un nombre glorioso y muchos laureles. José Batres alcanzó ese nombre que cada día se hace más simpático, más grande y más querido, y hay sobre su sepulcro unas hojas de laurel que ya no han de marchitar jamás el viento de la envidia, la mano del tiempo, ni el aliento emponzoñado de la ingratitud.

Batres sabe hacer llorar y sabe hacer reír con esa risa que no es el ruido grosero con que se acoge la destemplanza ó desvergüenza de un bufón; y si á juicio de Cervantes el hacer reír es de grandes ingenios, el hacer reír y llorar al mismo tiempo es, en concepto de Compoamor, un dón excepcional que Dios rara vez concede en el mundo y de que sólo se presentan contadísimos ejemplos. Sin formar ciegamente en las filas de la escuela que por aquel tiempo privaba, sin que, como él dice, fuera su poesía un continuado lamento, sin quejarse de imaginarios dolores y fantásticos desengaños, sin hacer gala de pasar sobre todo como torrente devastador, y sin que haya en él nada de hinchazón, nada de fingimientos y de estudiados transportes y premeditados arrebatos, es Batres un gran poeta lírico, y para acreditarlo de tál bastaría cualquiera de las pocas composiciones de ese género que de él conocemos. ¿Quién no ha repetido mil veces aquel "Yo pienso en tí," en que se retrata admirablemente, absorbido y embargado por su pasión, y en que resalta el violento contraste de la impe-